

El descubrimiento de América, quinientos años después*

Todo esfuerzo por precisar el sentido de quinientos años de historia tiene que ser sólo un comienzo. En el mejor de los casos se trata de un empeño poético y filosófico al mismo tiempo. La filosofía y la poesía tienen mucho en común. Ambas aspiran a trascender lo externo y a proclamar el sentido inmanente de las cosas. Los grandes filósofos, desde Platón, San Agustín, Pascal, Nietzsche hasta José Ortega y Gasset, fueron poetas, aunque no escribieron un solo verso. De igual manera, los grandes vates, desde Hornero a Dante, a Shakespeare, a Antonio Machado, han sido filósofos. En unos y otros la palabra recobra y transmite su virtud creadora.

Al empezar estas reflexiones sobre aquella empresa con que España inaugura la Edad Moderna recuerdo preferentemente a uno de los compañeros de Cristóbal Colón. Fue nuestro primer gobernador, y sus sueños y hazañas perduran entre nosotros como símbolo viviente de aquella verídica Odisea. Uno de nuestros poetas más identificados con el alma puertorriqueña, Luis Llorens Torres, ve en Juan Ponce de León el presagio de tres de los grandes mitos de la literatura universal:

Plegué el Don Juan de Tirso su audaz capa y
arrién en la tierra y en el mar, Fausto su
juventud y Don Quijote su lanza del honor y el
ideal;

Que antes de Goethe, de Tirso y de Cervantes
nuestro glorioso abuelo y capitán fue el primer
Don Quijote de la historia el primer Fausto y el
primer Don Juan.

* Palabras de Jaime Benítez al inaugurar el I Encuentro de Iberoamérica en Puerto Rico, celebrado en el Colegio Universitario de Cayey en septiembre de 1983.

II

Aludo al 12 de octubre de 1492 como el comienzo de la Edad Moderna porque el descubrimiento de América inicia una nueva dimensión en la experiencia intelectual del mundo antiguo, del mundo medieval, del mundo renacentista. Las ideas más extrañas, los sueños más ilusorios, las ficciones más audaces van a convertirse en realidad sobre la tierra, Juan Sebastián Elcano comprueba la redondez del mundo. Las Islas Afortunadas no son una fantasía de Séneca, sino un hecho geográfico. La Ciudad de Dios no tiene por qué limitarse a ser una visión celestial de San Agustín. Otro futuro santo de la Iglesia va a situarla en el Atlántico.

Un imaginario compañero de viajes de Américo Vespucio, Hitlodeo, le explica a Tomás Moro cómo en una isla, un poco mayor que ésta, donde vivimos los puertorriqueños, hay un gobierno perfecto, cuya estructura el futuro mártir y santo describe en detalle. La isla se llama Utopía —esto es, lugar inexistente—. Ocurre, sin embargo, que si al prefijo griego *U*, que quiere decir *no*, se le antepone una *E* pasa a significar el mejor sitio posible. Dentro de esta esencial dialéctica entre lo que *no es* y lo que *debe ser* va a desarrollarse la contienda entre el presente y el porvenir, entre la realidad imperfecta y la esperanza de un mundo mejor. Es una contienda que va a proyectarse tanto en el Nuevo Mundo como en Europa a partir de esta apertura a lo desconocido que provee aquel 12 de octubre de 1492.

Dos frailes españoles, ambos devotos lectores de la edición de 1518 de la *Utopía*, Vasco de Quiroga y Juan de Zumárraga, son los primeros en intentar hacer realidad en México la nueva doctrina de alcanzar la felicidad sobre la tierra. Vasco de Quiroga funda en Pázcuaru y en Michoacán hospitales y escuelas para los indios» El primer obispo de México, Juan de Zumárraga, desarrolla, a partir de 1533, escuelas, hospitales y entrenamientos agrícolas para los indígenas. Trae a América la primera imprenta.

Señala el brillante y malogrado escritor español Eugenio Imaz que

Los primeros años de la conquista conocieron en la nueva España el verdadero humanismo, el de raíces humanas y humanistas. Zumárraga y Quiroga manejaron un ejemplar de la *Utopía* que lleva anotaciones platónicas al margen.

Y continúa, más adelante:

En 1550 fue la célebre controversia en Valladolid sobre los derechos de conquista. Controversia teológica que aun en sus líneas apostólicas más puras —Las Casas— no pudo salvar él perfil de su sombra; concepto de guerras justas e injustas, atribución de soberanía al Papa. Pero Vives, en su *Concordia*, anuncia un libro: «quizás de aquí proceda .que nuestros conquistadores pensaron que los indios del Nuevo Mundo no eran hombres, de cuya injusticia pienso tratar en otro trabajo».

Juan Luis Vives, amigo entrañable de Tomás Moro y de Erasmo de Rotterdam, que nace en ese año mágico español, 1492, y muere en 1540,

no llegó a escribir aquel tratado. El título del libro donde lo anuncia, *Concordia et Discordia*, va a fijar los polos emocionales de la historia de este mundo, en proceso de hacerse y deshacerse, que va desde aquella alborada a la tarde de hoy. Cierro esta referencia a aquellos comienzos con una cita del diario de Colón, de la que, en su *Relación compendiada*, dice fray Bartolomé de las Casas: «Estas son las finales palabras del almirante don Cristóbal Colón en el diario de su primer viaje a las Indias y al descubrimiento de ellas: Cita en seguida del Diario de Colón: viernes, 15 de marzo de 1493 (al día siguiente de regresar a España). Termina el relato "de este viaje, el cual espero en Nuestro Señor que será la mayor honra de la cristiandad que jamás antes haya aparecido".» A pesar de los errores, de las confusiones, de las injusticias, así resultó ser. El sentido de las grandes hazañas no se aprecia hasta siglos después.

III

Medio siglo más tarde —en 1543—, un fraile polaco, Nicolás Copér-nico, va a transformar la visión de los cielos y de la tierra. Su obra *Revoluciones de los orbés celestes* repudia la del egipcio Ptolomeo, que había pautado la astronomía desde el primer siglo de la Era Cristiana. Copérnico establece, que no somos el centro del universo, sino un pequeño planeta que gira alrededor de una estrella mediana que llamamos Sol. Está a punto de morir y escribe en latín. Hasta que, noventa años más tarde (1633), Galileo plantea, en un diálogo escrito en italiano, las diferencias básicas entre ambos sistemas. Establece la validez de la posición heliocéntrica. Carga con la culpa de alterar los usos establecidos en las maneras de pensar y de actuar y recibe el castigo de la época. Lo mismo ya le había ocurrido en forma más grave a Tomás Moro y al propio Cristóbal Colón.

Otro de los pensadores empeñados en encontrar el Paraíso Perdido, no en el pasado, sino en el porvenir, fue Francis Bacon. Formuló y ayudó a dar validez a una teoría según la cual la ciencia constituye la fuerza más poderosa en el destino humano. Resumió su tesis en tres palabras, que hoy se ciernen sobre el mundo, no sabemos si como una promesa o como una amenaza: *knowledge is power*. Saber es poder. Francis Bacon forjó su propia utopía, a la que llamó *La Nueva Atlántida*. En ella, una sociedad alcanza la felicidad sobre la base del aprovechamiento de nuevos recursos científicos.

Un poco más tarde, un matemático francés, Rene Descartes, concluye que si el saber tradicional ha sido revocado tantas veces, ¿por qué no poner en duda cuanto existe, inclusive la existencia del mundo, de Dios y de uno mismo hasta poder comprobar su realidad mediante un proceso racional? Así funda Descartes la duda metódica como base del pensar científico. Sobre esa interrogación sistemática y sobre el experimento que ya

antes había predicado Bacon y que Cristóbal Colón había puesto dramáticamente en práctica va a fundarse la ciencia moderna.

Sobre la aspiración de un mundo justo, la idealización del noble salvaje y la proyección de un porvenir superior al pasado o al presente, alternativas todas que reciben un decisivo ímpetu de la hazaña colombina, va a levantarse la teoría de la dignidad del hombre y del deber social de honrar esa realidad. Las tres grandes Revoluciones de Occidente, la norteamericana, la francesa y la rusa, se remiten para su justificación a ese gran principio, que los puertorriqueños podemos decir con orgullo que constituye la frase con que comienza nuestra Carta de Derechos: «La dignidad del hombre es inviolable.» Sin ella no existe democracia.

IV

Debo retrotraerme ahora a otro acontecer en los comienzos del siglo xvi, que también va a estremecer a Europa y que habrá de ser igualmente decisivo en la orientación y en la desorientación del pensar, el sentir y el actuar a través del mundo occidental. Me refiero a la Reforma Protestante y a las actuaciones y reacciones encrespadas que provoca. Se mezclan violenta y perjudicialmente la política y la religión/Una y otra se convierten en absolutas, intransigentes y militantes. Aquella feliz concordancia en Toledo, donde por un tiempo conviven la mezquita árabe, la sinagoga judía y la catedral católica, va a ser por siglos una añoranza que hoy reconocemos como un requisito del mundo por venir.

Acaban de cumplirse en 1983 cinco siglos del nacimiento de Martín Lutero, el fraile agustino cuyas convicciones sobre cómo ser más leal a la doctrina de Cristo habrían de anegar en sangre la cristiandad. Su aniversario ha sido ocasión para reexaminar entre los espíritus más liberales de la jerarquía católica los aspectos positivos y las críticas legítimas que determinaron su grave planteamiento. También en los centros de religiosidad protestante comienzan a calibrarse las consecuencias negativas de los extremismos a que conduce la seguridad en la predestinación. Esa seguridad en la propia rectitud va a trasladarse de las doctrinas religiosas a la cultura de la América puritana y a las iniciativas políticas más allá del propio continente. El *destino manifiesto* iba ya inserto en la obligación del éxito, que, en su forma más extremada, postuló el discípulo más riguroso de Lutero, Juan Calvino.

Los valores humanos de igualdad, educación, justicia social, libertad inherentes a la vida cristiana, y que en América representaron, entre otros, Bolívar, Sarmiento, Juárez, Rodó, Martí, Hostos, no han logrado prevalecer en la lucha de absolutismos religiosos, imperiales, personalistas e ideológicos que van a configurar el destino enigmático y fluctuante de España y de la América que reza en español.

Obligado a andar a saltos de centenarios, aludo a tres de ellos en este

mismo año. El más reciente, el 3 de septiembre de 1783, firmó el rey Jorge III el Tratado de París, que reconoció la independencia de sus trece colonias en América. Pasó desapercibido aquel bicentenario. Meses antes nace en Venezuela, el 24 de julio de 1783, Simón Bolívar, el futuro libertador de Hispanoamérica. Todo el mundo hispánico, con los Reyes de España y los jefes de su Gobierno a la cabeza, participamos en el júbilo por el trueque que, a la vuelta de doscientos años, ha ocurrido, de hostilidades irreconciliables que terminan en guerra y que culminan con el triunfo de unos y otros, en re-uniión fraternal y solidaria. El otro centenario que el mundo intelectual continúa celebrando concierne al natalicio, el 9 de mayo de 1883, del gran maestro y filósofo español José Ortega y Gasset.

V

Otro salto más y llegamos a la guerra del 98. En ella se perdieron menos vidas que en cualquier otro conflicto de análoga importancia. Pero fue punto de partida para cambios decisivos de fortuna, como en casi ninguna otra guerra. Han sido cambios críticos en la vida de todas las comunidades implicadas y, a la larga, en el destino del mundo entero.

Vista a la fecha de hoy, la guerra hispano-norteamericana lanza a Estados Unidos en una trayectoria de iniciativas, de participación y de poder fuera de su marco continental y de su tradicional distanciamiento del mundo europeo. Al término de dos guerras mundiales, el centro de poder político y económico, que por tantos siglos residió en Europa, se traslada a América.

En un planeta rebosante de riesgos trágicos, Estados Unidos viene a ser, reconocidamente, la máxima potencia del mundo democrático. Su situación actual requiere una capacidad de entendimiento, de orientación, de madurez política, de solidaridad con el ser humano en todas partes del mundo, de la que ni Estados Unidos ni país alguno dispone en grado suficiente. Al mismo tiempo, tampoco es declinable esa responsabilidad. Cómo cumplirla constituye una de las grandes interrogantes que a todos nos afecta.

Los problemas son múltiples, graves y diversos. A mayor poder, mayor dificultad para los poderosos para entender a los más débiles. Y, a la inversa, mayor dificultad de los débiles para no desconfiar de los poderosos. Por fortuna, el liderato intelectual y moral de Estados Unidos, más aún que su Gobierno, es relativamente consciente de sus responsabilidades y sus limitaciones. Lo mismo ocurre en muchos otros países democráticos. Es importante que todos tratemos de entender las vastas dificultades y posibilidades del presente; que ayudemos a entendernos unos con otros, a entender a nuestros opositores y evitar posibles errores irremediables.

En el 98 España perdió la guerra, como sabía de antemano que había

de perderla, y entregó el remanente de su imperio. Ganó, por otra parte, lo que perdió Estados Unidos: la compulsión de volverse sobre sí misma, de escrutar sus fallas y de empeñarse en su propia rehabilitación. De ese empeño surgió su segundo y gran Renacimiento, el que culmina en la eclosión espiritual y política del 14 de abril de 1931, al constituirse la Segunda República española. Es la época de las grandes figuras estelares en España en la pintura, en la arquitectura, en la música, en la poesía, en el teatro, en la filosofía, en la ciencia, en la educación. Tras aquel relámpago de grandeza vienen los tres años de guerra civil y después la casi interminable dictadura franquista.

Durante ese doloroso plazo, lo que León Felipe llamó la España del éxodo y del llanto vino a hacer renovado contacto creador con las tierras de América. Nosotros, en Puerto Rico, recibimos con el mayor amor y derivamos los más nobles estímulos de la presencia de aquellos grandes españoles en nuestra Universidad. Como rector, tuve el privilegio de ayudar a abrirles nuestras puertas y nuestros corazones. De 1976 al presente vive España el esfuerzo generoso y difícil de alcanzar una concordia indispensable al devenir ascendente.

También nos resulta inesperado y traumático el proceso histórico de Cuba. Ha sido por siglos hermana mayor nuestra. Sus alzas y sus bajas, sus extremos y sus interrogantes, su presente adscripción al mundo soviético nos llenan de ansiedad. Por otra parte, seguimos consternados la angustiada situación de Filipinas.

VI

Y, ¿Puerto Rico? Nuestro destino no ha sido nada fácil; el menos belicoso y tal vez por lo mismo el más complejo. Nunca peleamos contra España, no por falta de causas para hacerlo, sino por abundancia de afectos y lazos de lealtad. Recordamos con orgullo el envío de nuestro representante Ramón Power y Giralt a las Cortes de Cádiz de 1812 y su honrosa participación en ellas. También aplaudimos el proceder en 1865 de nuestros representantes en Madrid, Segundo Ruiz Belvis, Baldorioty, José Julián Acosta, Julio Vizcarrondo, aun cuando representó romper con los delegados cubanos al demandar los nuestros la abolición inmediata de la esclavitud como fuera, «con indemnización o sin ella, con reglamentación del tiempo libre o sin él». Al llegar como último acto de la Primera República el 22 de marzo de 1873, el júbilo en Puerto Rico fue unánime.

Aunque tardíamente, obtuvimos nuestra Carta Autonómica en noviembre de 1897. Ya estaba en funciones aquella Carta cuando, terminada la lucha en Cavite (Filipinas) y en Santiago de Cuba, solicitado ya por España el armisticio, llegaron las tropas del general Miles a Puerto Rico en promesa de libertad y desarrollo. De entonces al presente han transcurrido ochenta y cinco años.

Tampoco hemos peleado contra Estados Unidos. Causas para ello no han faltado. Al mismo tiempo, en nuestra relación de ochenta y cinco años hemos tenido ocasión para apreciar y para fortalecer valores democráticos y humanos de alta calidad. Hace treinta años establecimos con Estados Unidos una relación contractual de autonomía que salvaguarda nuestro gobierno propio, acentúa nuestra propia personalidad y deja curso a nuestras propias iniciativas. Esta relación, que tampoco es perfecta —¿existe alguna que en la realidad lo sea?—, protege los aspectos de interdependencia, de ciudadanía, comercio y lealtades democráticas en común.

Este esquemático relato de alzas y bajas nos lleva a concluir que no hay al presente y probablemente no habrá en todo el futuro previsible un grupo humano en plena posesión de la verdad, de la *tazón*, la justicia o la felicidad. A todos nos corresponde luchar por superar las vastas fallas en que estamos inmersos, como es desde luego y también nuestro caso en Puerto Rico, preferiblemente quejándonos menos y haciendo más. Las profundas raíces hispánicas, cuyas nobles savias nutren nuestro espíritu, ameritan dar paso a una nueva voluntad de concordia, de entendimiento, de solidaridad, de apoyo recíproco y de exigencia con nosotros mismos en el adelanto social y democrático de nuestros pueblos.

En ese espíritu, los Reyes y el Gobierno de España —con unidad de todos los partidos— nos han invitado a cuantos pueblos hablamos español —y ninguno ha defendido más su amor por la lengua común que el de Puerto Rico— a reunimos primeramente unos con otros en nuestras propias jurisdicciones. Dentro de nueve años, el 12 de octubre de 1992, iremos a España al cumplirse medio milenio del descubrimiento de América, para compartir las transformaciones pasadas y presentes, los logros realizados en ese plazo y las posibles proyecciones, estímulos y ayudas recíprocas para el porvenir. La actividad de esta noche y muchas otras en proyecto tienen como objetivo central reexaminar cuanto hemos hecho y entrever cuanto nos falta por realizar.

Quiero recordar que a la reunión del cuarto centenario, el 12 de octubre de 1892, uno de nuestros pueblos en Centro América —hoy conturbado por una dolorosa lucha civil—, Nicaragua, envió un joven representante, que sentó las bases para la transformación del idioma poético español. Había tomado el nombre de Rubén Darío. Por aquellos años fue maestro y patrocinador de otro gran poeta, amigo entrañable de Puerto Rico, Juan Ramón Jiménez. Que estos dos nombres ilustres inspiren el esfuerzo común.

J. B.*

* 1908. Ex Rector y Presidente de la Universidad de Puerto Rico. Miembro de la Academia Puertorriqueña de la Lengua.